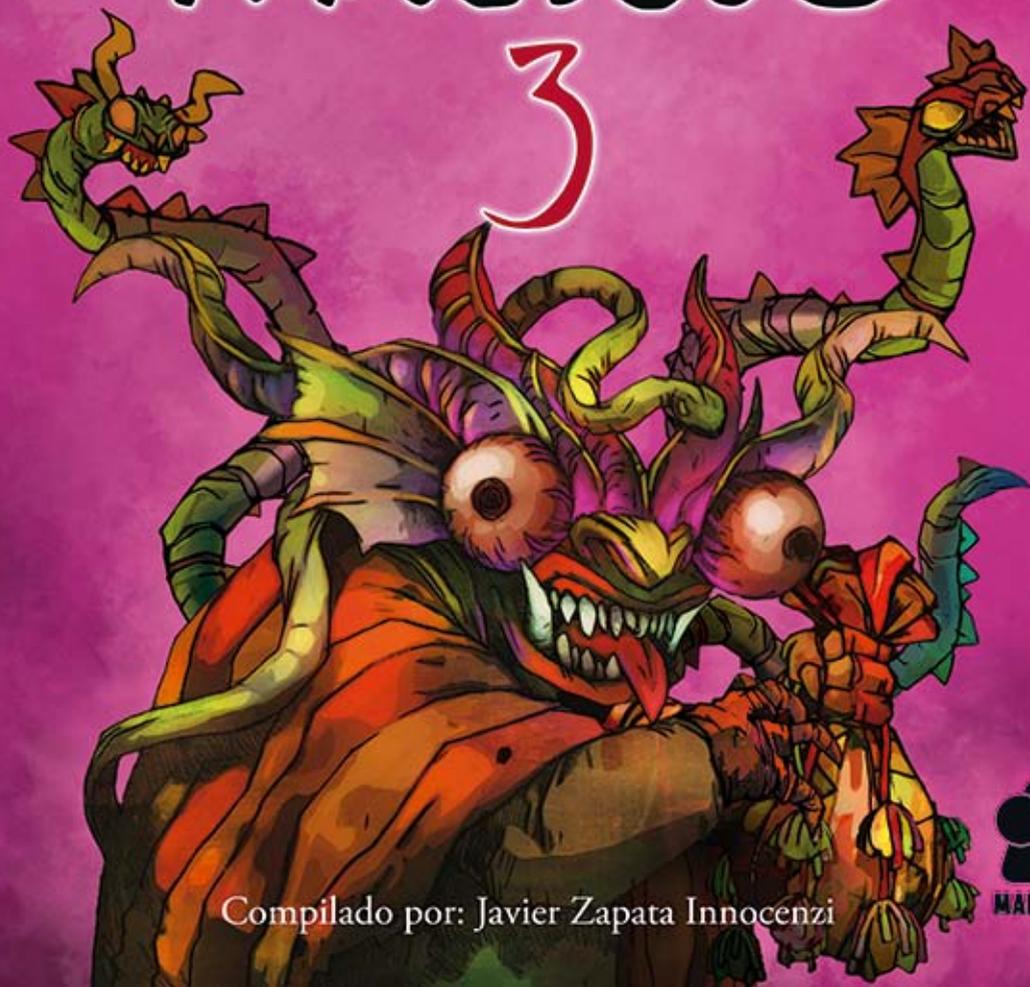


ÚLTIMOS RELATOS MÁGICOS

3



Compilado por: Javier Zapata Innocenzi



ÚLTIMOS RELATOS MÁGICOS

3

Javier Zapata Innocenzi
(Compilador)



Cabeza voladora

«Lo único que debes hacer es prender un par de velas negras y repetir esta oración seis veces a la medianoche», le dijo el diablo entregándole un papel y, sin decir más, desapareció. Zulema sintió mucho miedo. Pasaron dos horas y se quedó profundamente dormida. Estaba ahí, en sus brazos otra vez, sintió su aroma, sus manos, sus caricias y sus besos. Era Orlando, estaba ahí con ella. Cuando intentó hablarle, despertó, vio el reloj y eran las doce de la noche. Se acostó otra vez y trató de conciliar el sueño, pero solo le brotaron lágrimas; cada una de ellas humedecía más la almohada.

Unos minutos después, ya estaba de pie encendiendo las velas y buscando el pergamino. Al término de la oración sintió un cosquilleo y su cabeza se elevó. Por los aires se encaminó, vio las estrellas y se dirigió a buscarlo atravesando los árboles y demás vegetación. Llegó, su cabello estaba desordenado y su rostro herido. En ese momento no le impresionó que no tuviera brazos, piernas o cuerpo. Tras múltiples intentos no logró entrar, pero estaba feliz de verlo a través de la ventana. Los perros, al sentir su presencia, empezaron a ladrar; se oían lamentos repetitivos, tac tac tac. La cabeza, asustada, decidió volver a su cama, pasó por la cocina de leña e inexplicablemente se revolcó en

las cenizas como un cerdo contento.

A la mañana siguiente, los vecinos comentaban de la visita de un extraño ser. Muchos restos de cabello quedaron entre las ramas y todo el pueblo escuchó los lamentos y extraños sonidos que emitía.

—Es el humantacta— señaló con seguridad un anciano—. Debemos atraparlo, pues solo traerá desgracia al pueblo. Si capturamos la cabeza y no llega al cuerpo al amanecer, morirá— añadió.

Zulema despertó muy aturdida, pensando aún en el sueño muy raro que había tenido. Tenía la cabeza adolorida, como si alguien la hubiera arrastrado de los pelos, y ni qué decir de la ceniza que estaba incrustada en su cabellera. Doña Saida, una vecina, al oír las habladurías del pueblo, fue al campo y llevo a su casa varias espinas grandes con las cuales rodeó su pared:

—Te atraparé, arpía— dijo muy enojada.

En la noche profunda, se escuchó otra vez el tac tac tac, tac tac tac. Era ella. Al pasar varias horas, Doña Saida escuchó lamentos que provenían de las afueras, cerca de su pared. Aquella criatura lloraba:

—Orlando, te amo. Por favor, ven conmigo... ven conmigo— rogaba.

A la mañana siguiente, la señora aventó la cabeza al medio de la plaza. Todo el mundo lamentó el hecho; era Zulema, muchacha a quien Orlando, hijo de Saida, había enamorado. Todo empezó cuando en medio de una fiesta, Orlando acompañado de su madre gritó:

—Yo no te quiero, Zulema.

La chica había llorado por días, se alejó de su familia y se instaló en una casa abandonada. De ella era la cabeza voladora. Por su parte, Doña Saida encerró al muchacho en casa. Aquel día todo el pueblo quedó afligido. Enterraron a la difunta y mandaron a avisar a los padres de la muchacha sobre su triste final. En la noche todos se acostaron temprano a manera de duelo. De pronto, a lo lejos, empezó a sonar tac tac tac, tac tac tac, y algunos asomaron sus cabezas. Tac tac tac...

—¿Zuleeeema, ¿dónde estás?— decía esta voz.

Todos cerraron sus puertas y ventanas. Hoy, aún está ahí afuera, es otro humantacta, una cabeza voladora, que va buscando a su amada. Vigila a las niñas y jovencitas en silencio, pero en algún momento se oye tac tac tac, tac tac tac, porque espera pronto encontrar a su amada.



Félix Quispe Osorio

Ocurrido en 2005

Pishjapuquio, Paca, Jauja, Junín